

Lección 6

21 de diciembre de 1967

Creo que la vez pasada les di pruebas de que bien puedo soportar algunas pruebas: la lámpara, así, prendiéndose y apagándose ¿ah? En otro tiempo, en los cuentos de espantos, se les explicaba cómo llevar a la gente, en ciertos lugares, hacia su “autocrítica”. Eso servía para eso. Bueno... resultaba más desagradable para mí que para ustedes, he de decirlo, porque yo la tenía encima mío mientras que ustedes la tenían en los ojos.

Pudieron darse cuenta de que no es ese tipo de nimio inconveniente el que puede llegar a desviar mi discurso. Por eso, espero que no intentarán relacionar con ningún hecho de vana quisquilla personal el hecho de que hoy no estaremos de fiesta, a pesar de que sea la época. Les advierto en seguida: hoy no haré el seminario que había preparado para ustedes. Les pido excusas a quienes, tal vez, hayan desplazado algo de sus proyectos de vacaciones para aprovechar esta reunión. Cuando menos, nadie se habrá tomado la molestia en vano, pues espero que cada uno tenga el reducido ejemplar¹ con el que los honro a manera de regalo de fin de año. No llegué hasta a ponerles una dedicatoria a cada uno, por ignorar muchísimos de sus nombres, pero bueno ¡siempre se puede hacer!

Hemos llegado al momento en que voy a formular, sobre el inconsciente, fórmulas que considero decisivas, fórmulas lógicas cuya inscripción vieron aparecer la última vez en el tablero, bajo la forma de ese *o no pienso o no soy*, con esta reserva: que ese *o* no es ni un *vel* (el *o* de la reunión; el uno, el otro o ambos) ni un *aut* (al menos uno, pero no más: hay que escoger). No es ni el uno, ni el otro.

Y será el momento para que yo introduzca, eso espero, de una manera que será aceptada en el cálculo lógico, otra función: la que, en las tablas de verdad, se caracterizaría por esa operación que habría que llamar con un nuevo término, aun cuando ya exista uno de la cual ya hice uso, pero que, por tener otras implicaciones, puede resultar ambiguo. ¡Qué importa! Los cotejaré: se trata, nada menos, lo señalo (no estoy aquí para guardar misterios), que de lo que señalé una vez aquí bajo el término de *alienación* ¡pero qué importa! Les tocará escoger a ustedes. Mientras tanto,

¹ “Le langage et l’inconscient”, en *L’inconscient*, Coloquio de Bonneval, D. D. B., París, 1966. El artículo está modificado en los *Escritos*, bajo el título “Posición del inconsciente”.

llamemos a esta operación *omega* y, en la tabla de verdad, caractericémosla por lo siguiente: de las proposiciones sobre las que opera, si las dos son verdaderas, el resultado de la operación es falso. Consultarán las tablas de verdad que tienen al alcance de la mano, y verán que ninguna de las que hasta hoy se acostumbra, de la conjunción a la disyunción, a la implicación, cumple esta condición.

Al decir que la conjunción de lo verdadero con lo verdadero da, por esta operación, lo falso, quiero decir que toda otra conjunción allí es verdadera: la de lo falso con lo falso, la de lo falso con lo verdadero, la de lo verdadero con lo falso.

La relación de esto con lo que concierne a la naturaleza de lo inconsciente, es lo que espero poder articular ante ustedes el 11 de enero, para cuando, en todo caso, les doy cita. Entienden que si no lo hago hoy (a este respecto, pienso, ustedes confían en mí) es porque mi formulación no está lista, ni tampoco aquello a lo cual podría limitarla hoy. No obstante, si en efecto se trata de un cierto temor de plantearla ante ustedes con todo su rigor, un día en que me hallo un tanto en apuros, [...] hace que haya pasado estas últimas horas preguntándome sobre algo que es nada menos que la oportunidad o no de continuar esto: que estamos todos juntos por el momento y que se llama mi seminario.

Si me planteo esta pregunta es porque vale la pena plantearla: no es vano que ese pequeño volumen que les entregué y que me parece necesario recordar a su atención justo antes de que aporte una fórmula lógica que permita en cierta forma garantizar de manera firme y cierta lo que concierne a la reacción del sujeto tomado en esta realidad de lo inconsciente, no es vano que ese volumen les dé testimonio de las dificultades de esa residencia, a aquellos cuya praxis y función es la de estar allí. ¿Será tal vez a falta de medir la relación que hay entre este "estar allí" y un cierto "no estar allí" necesario? Ese volumen nos dará fe de lo que fue un encuentro en torno a ese tema de *Lo inconsciente*. Participaron en él y jugaron un papel eminente dos de mis alumnos, de los más queridos que tenía, y también otros... todo está ahí, hasta los marxistas del CNRS.

En la primera página verán, en caracteres muy pequeños, una manifestación² muy singular. Cualquiera que sea aquí analista reconocerá en esto lo que técnicamente se llama, aquello a lo que aludió Freud en algún punto de los cinco grandes psicoanálisis (les dejo la tarea de encontrar ese

² – "Al dejar a cada cual en la entera libertad para expresar su pensamiento, evidentemente no quise decir que toleraría –sin desmentida explícita de mi parte– que algunos hayan creído tener que dar la impresión, o más bien la ilusión, de que yo habría permitido convertir este Simposio en un circo..." Nota de Henry Ey en su prefacio.

punto, que al mismo tiempo les permitirá volver a hojearlo un poco), lo que Freud y la policía, al unísono, llaman "el regalo" o "la carta de visita". Si un día les ocurre que su apartamento sea visitado en su ausencia, podrán constatar, tal vez, que la marca que puede dejar el visitante es una mierdita. Ahí estamos en el plano del objeto *a minúscula*. No hay que sorprenderse si tales cosas tienen lugar en las relaciones con sujetos que los acosan por su discurso sobre las vías de lo inconsciente.

A decir verdad, hay grandes y buenas excusas para la carencia que demuestran los psicoanalistas de hoy para tenerse a la altura teórica que su praxis exige. Para ellos, la función de las resistencias es algo de lo que podrán ver que las fórmulas sobre las que quiero estar tan seguro de mí como sea posible el día en que intentaré dárselas en lo esencial y en su verdadera instancia –verán qué necesidad se relaciona con la resistencia y cómo no podría limitarse de ninguna manera al no-psicoanalizado. Asimismo, en el esquema que intentaré darles de la relación, no de lo *no pensado* y del *no ser* (¡no crean que ando por vertientes de la mística!) sino del *yo no soy* y del *yo no pienso* que permitirán, por primera vez, creo, y de manera palpable, marcar no solamente la diferencia, el no recubrimiento entre lo que se llama resistencia y lo que se llama defensa, sino hasta marcar de manera absolutamente esencial, aun cuando hasta aquí sea inédita, lo que concierne a la defensa, que es precisamente lo que cierne y preserva exactamente el *yo no soy*. Es por no saberlo que todo se desplaza, se desfasa de la mira donde cada cual fantasea cuál puede ser la realidad de lo inconsciente. Ese algo que nos falta y que constituye lo escabroso de aquello con lo que estamos enfrentados, no por alguna contingencia: a saber, esa nueva conjunción del *ser* y del *saber*.

Esta aproximación diferente al término de verdad hace del descubrimiento de Freud algo que de ninguna manera es reductible y criticable por medio de una reducción a ninguna ideología.

Si se me da tiempo, tomaré aquí... y si lo anuncio no es por la vanidad de agitarles algún oropel destinado a engolosinarlos en esta circunstancia sino más bien para señalar en qué no perderían nada al volver a abrir a Descartes primero, puesto que está también ahí el pivote en torno al cual hago girar ese retorno necesario a los orígenes del sujeto, gracias al cual podemos retomarlo, retomarlo en términos de sujeto. ¿Por qué? Porque, precisamente, es en términos del sujeto que Freud articula su aforismo, su aforismo esencial, en torno al cual enseñé, no solamente a mí mismo, sino a quienes me escuchan, a darle vueltas al *wo Es war, soll Ich werden*.³ El *Ich* en esta

³ Freud, "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", en Sigmund Freud, *Obras Completas*, Vol XXII, Bs. As., Amorrortu, pág. 74: "Donde Ello era, Yo debo devenir" (Final de la 31ª Conferencia).

fórmula, y en la fecha en que fue articulada, en las *Nuevas conferencias*, lo saben, no podría tomarse ninguna manera por la función *das Ich* tal como se la articula en la segunda tópica. Como la traduje: *ahí donde estaba, ahí he de* –agregué como sujeto pero es un pleonasma: el *Ich* alemán es aquí el sujeto –*devenir*.⁴

Así como reavivé ante ustedes el sentido del *cogito*, poniendo en torno al "yo soy" las comillas que lo aclaran, me dirigiré al aforismo de Freud, donde hallamos fórmula más digna de la placa con la que soñó: "aquí fue descubierto el secreto del sueño". El *Wo Es war, soll Ich werden*, si lo graban no olviden suprimir la coma: es "ahí donde [eso] estaba" que debe devenir *Ich*. Lo que quiere decir (en el lugar donde Freud coloca esta fórmula, la terminal en uno de sus artículos), que quiere decir que de lo que se trata en esta indicación no es de la esperanza de que, de repente, en todos los seres humanos, tal como se dice en un lenguaje de chusma, "el yo debe desalojar al ello"; pero eso quiere decir que Freud indica ahí, nada menos que esta revolución del pensamiento que su obra requiere.

Pero está claro que ese es un desafío, y peligroso para quienquiera se adentre, tal es mi caso, para sostenerlo en su lugar. *Odiosum mundo me fecit logica* – un tal Abelardo, como tal vez algunos de ustedes aún lo tienen presente, escribió un día en esos términos– "la lógica me hizo odioso al mundo" y es en ese terreno que entiendo traer términos decisivos, que no permiten confundir ya de qué se trata cuando se trata de lo inconsciente. Ya se verá si alguien puede o no articular que con eso deslizo fuera o intento apartarlo.

Para captar lo que concierne a lo inconsciente, quiero marcar, para que en cierta forma puedan ustedes preparar su mente con algún ejercicio, que lo que nos queda ahí prohibido es exactamente esa especie de movimiento del pensamiento que es precisamente el del *cogito*, que tanto como el análisis necesita del Otro (con una A mayúscula). Lo cual no exige de ninguna manera la presencia de algún imbécil.

Cuando Descartes publica su *cogito*, que articula en ese movimiento del *Discurso del método* que desarrolla por escrito, se dirige a alguien, lo lleva por los caminos de una articulación cada vez

⁴ ...là où c'était, là dois-je [comme sujet] devenir. Literalmente: "Ahí donde [eso] era/estaba, ahí debo yo [como sujeto] devenir". El *ça* implícito en el *c'était* obligaría tal vez a precisar en la traducción que no se trata de un *él* sino de un *eso* (el *Es* freudiano) que sin embargo Lacan deja enteramente implícito. Por esa razón no agregó el *eso*, que sin embargo es tácito. Asimismo, el *dois-je* contiene el *je*, pero la expresión elegida por Lacan en este caso insiste también y principalmente en el *he de* que en español supone también el sujeto tácito que, para Lacan, remite al sujeto (el *Ich* freudiano) [T.]

más acuciante. Y luego, de repente, algo sucede, que consiste en desprender de ese camino trazado, para hacer surgir de ahí esa otra cosa que es el "yo soy".

Hay ahí esa especie de movimiento que yo intentaré calificar para ustedes de manera más precisa, que es ese que sólo pocas veces se encuentra en el transcurso de la Historia, que yo podría designarles, el mismo, en el libro VII de Euclides⁵, en la demostración a la que estamos aún sometidos, puesto que no hemos hallado otra y que es del mismo orden: muy precisamente demostrar (independientemente de la fórmula que puedan dar ustedes, llegado el caso, de la génesis de los números primeros) que sería necesario (nunca nadie ha hallado esta fórmula ¡pero se hallará!), que se deduce necesariamente que habría otras que esta fórmula no puede nombrar. Ese especie de nudo donde se marca el punto esencial de lo que concierne a una cierta relación que es la del sujeto con el pensamiento.

Si el año pasado me aproximé a la apuesta de Pascal, fue con el mismo propósito. Si se remiten a lo que aparece en las matemáticas modernas en términos de la aprehensión "diagonal", es decir, lo que le permite a Cantor instaurar una diferencia entre los infinitos, obtienen siempre el mismo movimiento. Y más sencillamente, si tienen a bien, de aquí a la próxima vez procurarse de esta forma o de otra, *Fides quaerens intellectum*, de san Anselmo, en el capítulo II (para que yo no me vea obligado a leérselo), leerán, aun cuando les cueste algún trabajo conseguir ese librito (esta, es la traducción de Koyré, publicada en Vrin;⁶ no sé si queden, ¡pero seguramente no quedarán!), leerán el capítulo II, para volver a repasar, a manera de ejercicio, lo que la imbecilidad universitaria hizo caer en descrédito bajo el nombre de "argumento ontológico". Se creía que san Anselmo no sabía que no es porque se puede pensar lo más perfecto, que existe. Verán en ese capítulo que él lo sabía bastante bien, pero que el argumento es de otro alcance, justamente del alcance de este proceder que intento designarles, que consiste en conducir al adversario por un camino tal que, del brusco desprendimiento de ese camino, surja una dimensión hasta entonces desapercibida.

Tal es el horror de la relación con la dimensión de lo inconsciente, que ese movimiento hace imposible: todo le está permitido a lo inconsciente... salvo articular: "luego soy". Esto es lo que requiere de otros abordajes y particularmente de los abordajes lógicos que intentaré trazar ante

⁵ Euclides, *Los elementos* [*Les Éléments*, t. II, PUF, París, 1990].

⁶ Anselmo de Cantorbery, *Fides quaerens intellectum*, texto y traducción al francés de Alexandre Koyré, 4ª edición, Vrin, París, 1967.

ustedes, requiere lo que rechace a su nada y a su futilidad todo lo que fue articulado, en términos mediocres de psicólogo, en torno al "autoanálisis".

Pero si seguramente toda la dificultad que puedo yo tener para reanimar, en un campo cuya función se afirma y se cristaliza justamente por las dificultades (llamémoslas noéticas si les conviene) del abordaje teórico de lo inconsciente, punto demasiado comprensible que no excluye que en ese medio mi juntura tenga lugar en el plano de la técnica y de interrogaciones precisas, justamente, por ejemplo, la de poder exigir que se encuentren allí los términos con los que se justifica el psicoanálisis didáctico.

Para mí, puede plantearse la pregunta de lo que concierne a las consecuencias de un discurso, que las circunstancias y también la intención mía de hacer uso es un rodeo, del que me imponían esa circunstancias, de abrir ese discurso sobre Freud a un público más amplio.

El galante hombre cuya firma se encuentra debajo de lo que yo llamé "el regalo", escribe: "¿Sienta él, so pretexto de libertad, tolerar que el foro se transforme en circo?" Aquí, el regalo me es precioso: la verdad surge, aún de la incontinencia...

Sería yo quien, precisamente en ese volumen, sustituiría el circo por el foro. ¡Me bendiga Dios si hubiera tenido realmente éxito! ¡Seguro! En ese breve artículo sobre *Lo inconsciente*, tuve en efecto, al redactarlo, la sensación de que me ejercitaba en ese algo al mismo tiempo riguroso y que revienta los límites, si no los del techo del circo por lo menos los de la acrobacia ¡y porque no los de la payasada, si quieren! para sustituir algo que en efecto no tiene ninguna relación con lo que pude decir en ese foro de Bonneval que, como todos los foros, ¡era una feria!

La precisión de un ejercicio de circo es tanto menos para todo el mundo cuanto que, lo que estoy tratando de demostrarles, cuando les hablo del *cogito*, es algo que, en efecto, tiene la forma de un circo, salvo porque el circuito no se cierra, porque en alguna parte está ese pequeño resalto que hace pasar ese "yo pienso" a ese "yo soy", que también hace que en tal o cual fecha, ¡qué raro! unas revoluciones del sujeto den un paso esencial.

El que tomé de último fue Cantor... Sepan que, a él, le escupieron lo suficiente como para que haya terminado su vida en un asilo. Tranquilícense ¡ese no será mi caso! [risas] Soy menos sensible que él a las articulaciones de los colegas y de los demás. Pero la pregunta que me planteo es, ahora que articulo —en una dimensión que la arrastra la de la venta tan pasmosa de esos *Escritos*—, que articulo entonces ese discurso, si se requerirá o no que me ocupe de la feria. Porque, por supuesto, no se puede contar con aquellos cuyo oficio consiste en valerse, junto con la rapiña,

de paso, de cualquier cosita que se engancha, en el discurso de Lacan o de algún otro, para elaborar un documento donde “él” demuestra su originalidad.

Entre el congreso de Bonneval y el momento en que pasé aquí, viví en medio de una feria. Una feria donde yo era la bestia: era a mí a quien se vendía en el mercado. Eso no me molestó. Primero, porque esas operaciones no me concernían (quiero decir, en mi discurso) y porque, además, eso no le impedía a las mismas personas que se hacían cargo de esa función venir a mi seminario y raspar todo lo que yo decía, quiero decir, escribirlo cuidadosamente, con tanto más cuidado cuanto que sabía muy bien que no les iba a durar mucho tiempo, dados sus propios designios. Entonces, no se trata de cualquier feria.

Lo que va a llegar ahora a la feria será todo tipo de cosas diferentes, que consistirán, como ya ocurrió antes de la publicación de mis *Escritos*, que consistirán en ampararse de no importa cuál de mis fórmulas ¡para que sirvan para sabe Dios qué! ¡Como intentar demostrarme que yo no sé leer a Freud! ¡Hace 30 años que no hago más!

Entonces ¿qué será necesario que responda? ¿que haga responder? ¡Qué vaina! Tal vez tenga cosas más útiles que hacer. En particular, ocuparme del punto donde esas cosas pueden dar fruto, a saber, en quienes me siguen en la praxis.

Como sea, como lo ven, esta pregunta no me deja indiferente. Es justamente porque no me deja indiferente, que resulté planteándomela con mayor agudeza. Debo decir que sólo una cosa me retiene de zanzarla de la manera como se bosqueja: no es su calidad, Damas y Caballeros, aun cuando estoy lejos que no sentirme honrado por ello, la de tener entre mis oyentes, hoy u otros días, algunas de las personas más formadas y de aquellas para quienes no resulta vano para mí proponerme a su juicio.

No obstante, ¿bastaría únicamente eso para justificar lo que puede ser transmitido igualmente de manera escrita? A pesar de todo, en el nivel de lo escrito, sucede que lo que vale algo sobreagüe, aunque por supuesto, en una universidad como la Universidad francesa, donde hace casi 100 años se es kantiano, los responsables – tal como se los hice notar en una de mis notas– no han hallado, en los 100 años en que han acorralado e impulsado delante de ellos masas de estudiantes, ¡la manera de hacer que se publique una edición completa de Kant!

Lo que me hace dudar, lo que hace que tal vez (tal vez, si se me antoja) continúe este discurso, no es entonces su calidad sino su número. Porque en últimas eso es lo que me sorprende. Por eso este año renuncié a cerrar el seminario que, los años anteriores, tuvo su breve tiempo de ensayo, y la

posibilidad de manifestar su ineficacia. Es por causa de ese número, de ese algo increíble que hace que haya gente, buena parte de los que están aquí, gente, a la que saludo puesto que en todo caso están aquí para probarme que en lo que digo hay algo que resuena, que resuena lo suficiente como para que vengan a escucharme, en vez de escuchar el discurso de tal o cual de sus profesores respecto a cosas que les interesan porque hacen parte de su programa, vengan a escucharme, a mí que no hago parte de eso; esto me da un signo de que a través de lo que digo, que ciertamente no puede pasar por demagogia, bien debe haber algo donde se sienten interesados.

Es así como seguramente puedo justificarme, si acaso, de proseguir este discurso público. Este discurso, ciertamente, que al igual que durante los 15 años que ya duró, es un discurso donde seguramente todo no está dado por adelantado, pero que construí, y del cual hay partes enteras que se encuentran dispersas en memorias, que harán con eso ¡a mí fe! lo que querrán; sin embargo, hay partes que merecerían más y mejor.

En lo que les diré sobre lo que llamé hace poco la "operación omega", haré referencia a *El Chiste*. Durante tres meses, ante personas que no creían en lo que oían, que se preguntaban si yo bromeaba, hablé de *El Chiste*. Los invito, ya que estarán de vacaciones, a procurárselo, si de pronto es posible (porque no se sabe, ¡tampoco las obras de Freud se pueden hallar!), a procurarse *El Chiste*, y a convencerse. Si sucede que yo también deba tomar vacaciones, es la primera vez de mis seminarios pasados en que intentaré dar por escrito un equivalente.

A este respecto, se encuentran ustedes provistos, para este *tempo* intermedio, de lo que yo quería decir: no siempre se está de fiesta. En todo caso ¡no siempre para mí!

La última vez que aludí a la fiesta fue en un breve escrito, que no era del todo un escrito puesto que quise que permaneciera en el estado del discurso⁷ que emití ante un público médico bastante amplio. La acogida de ese discurso fue una de las experiencias de mi vida. Además no fue una experiencia que me haya sorprendido. Si no la retomo ya, es porque conozco bien por adelantado sus resultados. Debo decir que no pude resistir el aportarle una modificación que en verdad nada tiene que ver con el discurso: esa alusión a la fiesta, a la fiesta del *Banquete*⁸... si era una alusión. El público reconocerá mejor en el boletín de mi pequeña Escuela, sin duda, que en el del Colegio de Medicina donde será publicado por otra parte, la alusión a la fiesta del *Banquete*. Se trata de

⁷ Conferencia pronunciada en el Collège des Médecins des Hôpitaux de Paris, publicada bajo el título "Psychanalyse et médecine" en el número 1 de las *Lettres de l'École freudienne de Paris*.

⁸ Platón, *El banquete*, 203 b-e.

aquella adonde llegan, el uno mendigando, el otro como perdido, dos personajes, dos personajes alegóricos que ustedes conocen, que se llaman Πόρος y Πενία: el Πόρος del psicoanálisis y la Πενία universitaria. Me estoy preguntando hasta dónde puedo dejar llegar la obscenidad. Independientemente de lo que esté en juego, la cosa vale lo suficiente para echarle una segunda mirada, quiero decir, aun cuando lo que esté en juego sea lo que el otro llama, de manera bastante cómica ¡el Eros filosófico!

¡Felices fiestas!

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com